

TEATRO

Saber nadar

(Unipersonal)

de Paula Fernández ¹
y Jerónimo Ruiz ²

1. Fuego

Al personaje, a lo mejor es un detalle sin importancia, pero le ocurre algo muy curioso. Generalmente está en movimiento, no tiene problemas con eso: sale a la calle, camina, va al almacén, hace cosas. Pero de repente escucha una voz, es la voz de la mujer que ama; es la voz de Tania que le pide auxilio: “Estoy en peligro; vení que necesito tu ayuda”

El personaje dice: “¡Voy! Voy, corro, salgo, abro la puerta, bajo la escalera, voy por la vereda...” Y se encuentra con un amigo. O con un perro atropellado o con una noche de lluvia, es lo mismo. La cuestión es que se olvida por completo. Y se va a comer a lo del amigo, se van a tomar un café, se van a pasear, van a un museo, y dice: “¡Tania! Tania me estaba llamando: estoy en peligro, si no venís me muero”. Y el personaje no se mueve. Se queda ahí.

Ahora, ¿esto qué quiere decir? El personaje se encuentra atrapado en una situación de emergencia, que es una cuestión de vida o

¹ Facultad de Arte - UNICEN. E-mail: paunandez@gmail.com

² Facultad de Arte- UNICEN. E-mail: jeronimolucas@gmail.com



muerte, pero sabe que todavía hay una cuestión más urgente; y no sabe cuál es, y eso es lo que lo detiene. Todo sucede como si estuviese en la peor situación de emergencia, por ejemplo: el fuego.

- ¡Fuego, fuego! ¡Se prende fuego la casa!
- Si, si...
- ¡Se está prendiendo fuego todo! ¡Se prende la cortina, la ventana!
- Si, si, déjeme. Déjeme que todavía no lo puedo resolver.
- ¡¿Qué cosa?!
- Hay una cuestión más profunda, más urgente que todavía no puedo resolver. Así que váyase. Déjeme acá.
- ¡Pero se están quemando los libros, el escritorio, el sillón, los almohadones!
- Sí, sí. Déjeme, ¿no ve que no lo puedo resolver?
- ¡Se quema el colchón, la lamparita!
- No importa, no importa porque hay una cuestión más urgente que no puedo resolver y no me voy mover de acá hasta que no lo haga.
- ¡Pero todo va a arder! ¡Se prenden las mantas, los retratos, la bañadera!
- ¡Déjeme!
- ¡La Rémington, los discos, el neceser!
- ¿No ve que no lo puedo ver? ¿No ve que no lo tengo claro? ¿Que no lo veo con claridad?
- ¡Se prende fuego el patio! ¡Se están prendiendo fuego los perros, el pasto, los malvones!
- ¡Váyase!
- ¡Fuego! ¡Fuego! ¡Hay mucho humo! ¡Tenemos que salir!
- ¡Déjeme, váyase!



- ¡Fuego! ¡Todo va a arder!
- ¡Si, déjeme! ¡Váyase! ¿No ve que es más urgente? ¿Que no lo puedo ver? Y el personaje no hace nada. Simplemente se queda ahí.

2. Familia

El personaje va de visita a la casa de su infancia acompañado por Tania, que durante el viaje ha estado muy animada comentando cada uno de los cambios en el paisaje. Deshacen el camino que varios años atrás él emprendió para estudiar medicina en la universidad. Luego de recibirse y ejercer apenas unos años repentinamente decide visitar a su familia. Al llegar a la pequeña estación de tren reconoce a los mismos empleados de siempre. Y nota que el camino que lleva a la casa familiar no cambió en absoluto. Todo se ve igual, pero un poco más pequeño.

Ni bien cruzan la arboleda el personaje siente el olor de la comida de su madre mezclado con el aroma de las ciruelas amarillas, que se espesan en la olla de los dulces. Son las ciruelas que ha sembrado su padre, que ha recolectado su hermano, y que ahora cocina su madre en la olla grande de los dulces. Antes de entrar adivina la mesa arreglada con el mantel de fiesta, la estufa prendida y el alboroto alegre de la familia al recibirlo: “¿Cómo estuvo el viaje doctor?”, “Su eminencia, por favor, siéntese acá.” Pero antes de abrir la puerta, se queda parado unos segundos con la mano en el picaporte. Siente que se le enmudece el ánimo y que la sensación de triunfo que lo acompañó durante todo el viaje desaparece.

Durante el almuerzo la madre le hace notar que “No está hablando casi nada, está comiendo poco y está bebiendo mucho”. Su hermano, que se ha sentado a su lado, le palmea el hombro y sin

tiéndose orgulloso, le pregunta al doctor “qué le recomienda para este sarpullido que le salió en las manos”.

— No hay enfermedad que un buen vaso de vino no pueda curar.

Dice el personaje de manera cortante mientras vuelve a llenar la copa y se encamina hacia la ventana. Afuera los árboles se congelan estoicamente. Adentro la familia entrecruza miradas con Tania y después de un silencio incómodo el padre le pide al personaje que cuente algo sobre los avances de la medicina, sobre lo que ha leído últimamente. Entonces el personaje, sin apartar la vista de la ventana, comienza a hablar.

— Realmente no he aprendido nada, lo que sé ya lo sabía. Lamento el esfuerzo que mis años de estudios les han costado, pero no hay ninguna novedad en el terreno de la medicina. Ni mucho menos en el de la humanidad.

Un remolino de hojas secas cruza el camino en dirección a la ventana y a medida que avanza, el personaje siente ganas de llorar; pero en vez de eso suelta una carcajada que sacude a todos.

— Las enfermedades son básicas y dañinas como las personas. Esto es algo que no puede sorprender a nadie. Imagínense que las enfermedades se comportan igual que las personas. Hay personas que nos intoxican, que nos corroen y destruyen como un veneno. ¡Cianuro! ¡Arsénico! -grita señalando al hermano-. O personas como virus y bacterias -dice mientras se acerca a la madre y comienza a alborotarle el pelo. ¡Pequeños seres infectos, pequeños, pero de gran poder que se meten en nuestro organismo sin que nos demos cuenta y nos van secando, secando, secando! Y están también las personas que son como



alergias. ¡Sí, sí, escalofriante, pero es así! Son personas que con solo entrar en contacto con nosotros desencadenan una reacción inmensa, nos quitan el aire, nos hacen brotar -dice mirando al padre-son polvo para nuestro asma. ¡Son intolerables! ¡Simplemente son imposibles de tolerar!

- Bueno, basta de bromas -dice el padre- estás asustando a tu madre.
- Y hace bien en asustarse -dice el personaje- porque falta la peor parte.
- ¿Ah, hay más? -dice la madre.
- ¡Claro que hay más mamita! Si levantarás la cabeza de tus ollas y te dignaras mirar fuera de este refugio de paz y felicidad, te darías cuenta que hay más; siempre hay más. Hay personas que se enferman a sí mismas, organismos que se autodestruyen, que luchan contra ellos mismos de manera demencial. Una parte de ellos quiere matar a la otra parte. ¡Toma! ¡Toma! Un cuerpo que se trata a sí mismo como a un enemigo al que hay que eliminar. Personas que ponen a funcionar en sí mismas los mecanismos de su propio suicidio. Bueno, en todo caso un suicidio que les sale muy orgánico -dice- y se ríe.

El personaje siente un tirón en la manga y escucha su nombre. Rección ahí repara en Tania que está sentada a su lado y lo mira furiosa. Entonces se detiene y observa la escena. La madre mira el piso. El hermano mira a la madre. Se escucha el pesado tic-tac del reloj sobre la estufa y cómo burbujan las ciruelas en la cocina. El padre pregunta:

- ¿Terminaste?
- Sí. (...) No, no terminé -dice el personaje- falta la peor parte. ¡Es que siempre hay más! Estoy harto de tener que estar todo el tiempo en contacto con los vómitos, las diarreas, los cóágulos,



y los tumores de gente totalmente desconocida; teniendo que soportar una sinfonía eterna de quejidos, gemidos y lamentos que me acompaña durante todo el día. ¡Si supieran cuanto detesto esos sonidos! Qué tedioso es para mí tener que extirpar glándulas, suturar heridas, amputar miembros. ¡Me horroriza la idea de pasar toda mi vida remendando cuerpos!

El padre aparta un poco la silla de la mesa y respira profundamente. Se lo ve buscando las palabras para responderle, y justo en ese momento llaman a la puerta con violencia. Rápidamente entra el vecino embadurnado en lágrimas, pidiendo ayuda para su hijo que acaba de caerse del caballo y está tendido en el piso sin poder moverse. Y en ese mediodía de invierno, mientras los demás se levantan apresurados y toman sus abrigos, el doctor desde su silla hace la última intervención médica de su vida:

— Todavía no hemos comido el postre. ¿Sería usted tan amable de esperar?

3. El baile

Tania está convencida de que el personaje solo ha tenido un mal día, por eso le insiste para que acepte la invitación a un baile que ha organizado un viejo amigo del pueblo. El personaje acepta, en parte para olvidarse del episodio del almuerzo, y en parte para convencer a su mujer de que todavía siente interés por costumbres sociales como esas.

Tania se ha puesto hermosa para la ocasión, y él va diciéndose en el camino: “Está hermosa”. Y se siente cada vez más miserable, cada vez más lamentable. “Ella es hermosa -dice- es hermosa a pesar de todo. Es feliz, está feliz, está radiante”. Pero lejos de que



eso le dé orgullo o alegría, le provoca odio: “¡Sos hermosa, puta, sos hermosa!” Y van al baile y se da cuenta de que su mujer está espléndida. No por razones inconfesables o vergonzosas, sino porque está feliz. Por una noche ella es feliz. Se ha hecho un peinado y se acomoda el pelo detrás de las orejas. Tiene ese brillo en la mirada y ese color en las mejillas. Entonces él se dice en su rincón: “No voy a perderte, no voy a perderte. Vas a ver, vas a ver.”

Tania está transformada, está radiante. Entonces él le dice:

- Vení, tengo algo que decirte. ¡Esto no puede seguir así! ¡Estás coqueteando con mi amigo!
- No, no. -dice ella que ni siquiera sabe quién es el amigo. No ha hecho nada.
- Sí, sí -y él comienza a elevar el tono de la voz.
- No hagas escándalo, no hagas escándalo -le dice ella en pánico.
- Bueno, entonces vámonos inmediatamente de acá.
- Por favor, te lo suplico. Jamás te pido nada, quedémonos una hora más.
- ¡No! ¡O nos vamos de acá o yo armo un escándalo! -dice mientras la sujeta del brazo.

Ella sale. Camina por el pasillo y él la sigue un poco más atrás. La observa. Y a medida que avanzan Tania se pone a llorar. Su silueta se desploma y él conoce una alegría intensa. Es feliz, está feliz, se siente radiante. Y murmura “la tengo, la tengo”.

El personaje hace esto porque todavía no sabe que no hay nada después. No sabe que solo en la imaginación se tiene todo por delante, y la vida parece larga y dichosa. Entonces cree que puede tomar las cosas como vengan porque si algo falla, después podrá arreglarlo. Pero nunca llega ese después. Nunca.



Si el personaje hubiese sabido esto aquella noche cuando la miraba caminar por el pasillo... Pero era joven y estaba feliz. Creía que la vida era una fiesta que nunca acabaría y en la que siempre tendría su lugar. Tendría su después. Creía en ese después. Pero como dice la canción: “Después, después, no vales ni una nuez”.

4. Saber nadar

Al otro día el personaje continúa convencido de que ha sido traicionado entonces vuelve a lo del amigo a achacarle todo su malestar. Pero el amigo no está en su casa. Se ha ido a nadar.

El personaje se encamina hacia el mar, llega a la orilla y le grita “¡Eh!” agitando los brazos. Vuelve a gritar “¡Eeeeh!” . Y su malestar empieza a crecer a medida que observa como su amigo avanza sin esfuerzo entre las olas, como se desliza en el mar como quien baila, como quien realmente sabe bailar. Y se mueve así, acláremoslo, porque es un excelente nadador.

Entonces el personaje dice “¡Aaaaah!” y se lanza al mar. Ni bien entra la temperatura del agua le contrae el cuerpo y ¡PUM! recibe una ola en plena cara. La ola lo revuelca, lo sacude, rueda, empieza a dar gritos, mueve los brazos; lo que se dice chapotear. Y ¡PUM! Llega otra ola, lo arrastra más lejos, lo aporrea, traga agua “¡Me ahogo!” grita. Traga más agua. “¡Socorro!”. Busca el fondo, patalea, no deja de gritar.

Cuando finalmente llega a la orilla el personaje está exhausto. Pero aun así logra mantenerse en pie y divisa a su amigo, un excelente nadador, cerca de la línea del horizonte en un atardecer rebuscante de gracia y belleza.



La sal le quema los ojos, le quema la garganta, le quema las tripas. Tiritita. Siente el cuerpo entumecido por el frío y por el pánico que le dejó su encontronazo con el mar. Entonces el personaje enfurece. Se siente humillado. Solo piensa en el momento en que su amigo salga del mar y él pueda desquitarse. En algún momento va a tener que dejar de nadar; entonces él irá a su encuentro y ¡PUM! le dará de lleno en plena cara.

— Te voy a moler a golpes, te voy a destrozar la cabeza a patadas, te voy a hacer sangrar. Si, vas a sangrar y a escupir todos los dientes. Te voy a agarrar de los pelos y te voy a hundir la cabeza a trompadas en el agua, no te voy a soltar hasta que grites y pidas auxilio, hasta que tus gritos se escuchen en el fondo del mar, hasta que te revienten los pulmones no te voy a soltar vas a ver. Te voy a hundir con toda mi fuerza hasta que no des más, hasta que te ahogues, hasta que te cagues, hasta que te mees.

Va a vengarse, y va a saborear cada uno de esos momentos. Entonces espera apretando los dientes. “Ya va a salir”. Mientras observa como su amigo y el mar siguen bailando como si fueran una sola cosa.

Lo sacude una arcada, siente en la garganta el ardor de la sal y se vomita encima. El vómito caliente le enchastra los pies y le devuelve una nube de olor agrio. Le duele la cabeza, le duele todo el cuerpo. Se siente terriblemente miserable frente a la inmensidad de la playa. Y se hunde. Se hunde en una tristeza gigantesca; se resiste, patatea, gime, lloriquea, pero se hunde irremediablemente. Y delira. Empieza a delirar embriagado por una fiebre altísima. Le murmura cosas al mar, balbucea, le grita palabras sin sentido a las gaviotas y sin saber cómo ni cuándo ¡PUM! Se duerme.



5. Lobos

Hay pedazos de pared tirados por el suelo, ladrillos húmedos en donde crecieron yuyos. Todo cuanto se alcanza a ver es tierra y escombros. Hay una sola calle, se ve casi plateada por la lluvia, y en esa cuadra una única casa. Es la casa de la infancia. Parece que hay luz adentro. ¿Cuántas ventanas tenía esta casa? Pero no, es el reflejo de una luz lejana. ¿Cuántas ventanas tenía? Están todas las puertas cerradas. La casa está muda.

El personaje se acerca y reconoce el picaporte gastado. Se agacha y mete como puede la nariz en la cerradura. Ese olor... No lo distingue enseguida, pero después sí. Es olor a siesta. Olor al aire espeso de la tarde, con su mano de dedos cortos tocando diez mil partículas de polvo iluminadas por el sol en el tiempo espeso de la tarde. Pero alrededor la noche es cerrada y fría. Y cuando saca la nariz y apoya la mano en la puerta siente que la casa tiembla. Él también tiembla.

Tiene la clara sensación de haber matado. Está parado en el medio de la calle frente a la casa con la certeza irremediable de haber sido expulsado para siempre de la humanidad. Sólo le queda deambular por este paisaje de pastos altos y espinas, pasar por todos los umbrales hasta que por fin lo trague la noche. Intenta traer una canción. Cualquier canción que le saque el miedo, la más tonta, la más funesta, una canción que cantó muchas veces. Pero ahora no está.

Es la hora de los lobos. Sabe que puede correr toda la noche y que va a dar siempre con esta casa. Correr para silenciar los latidos concentrándose en la respiración. Pero no va a servirle de nada. Sabe que va a terminar parado frente a esta ventana todas las ve



ces, frente a esta casa ¿de cuántas ventanas?, con la frente pegada al vidrio mirando la oscuridad esperando que le abran.

Se siente en el aire, es la hora de los lobos. Y a lo lejos se escucha el pitido de un tren apurando a la manada que corre enloquecida perseguida por el incendio.

— Antes que el fuego, van a llegar los lobos -dice-. Llegarán corriendo iluminados por una luz naranja, y esa casa y esa enredadera es lo único que tengo. Y todas estas ventanas.

Refusila y cree ver luciérnagas... “¿cómo hicieron para escaparse del frasco?” Son muchas, vuelan alrededor suyo. Se van poniendo de a dos hasta quedarse quietas. Comienzan a parpadear en lo oscuro hasta que de repente se les ve el pelo. Y después los dientes, y los colmillos, y el vapor caliente saliendo de sus hocicos.

- Muchachos... muchachos... estamos viejos, se les nota en el pelaje; están más brutales. Se les nota. Hace tanto frío y sus bocas están tan calientes. ¿No me harían el favor de arrancarme los pedazos? Necesito dar vuelta la piel no consigo calentarla por fuera. No puedo.
- No tan rápido -dice el lobo más grande. Dice otra cosa, pero lo tapa el pitido del tren. ¿Cuántos lobos? ¿15 lobos? ¿12 lobos? - ¿Cómo se llama tu amor? -dice.
- ¿Mi amor?
- Si, tu amor. ¿Cómo se llama? Hubo un amor que te abrazó y te enseñó canciones. ¿Cuál es su nombre?
- ¿Un nombre?
- No. Su nombre -dice el lobo.



Y el personaje se queda sencillamente en blanco. Así, en blanco. El lobo lo mira fijo y lentamente va adoptando los gestos de alguien triste.

- ¿Cómo pudiste olvidarlo? ¿Cómo pudiste dejar de alimentarlo? ¿Cuál es tu nombre?
- ¿Yo?
- Sí, tu nombre.

Y el personaje no responde. No sabe cómo hacerlo. Se aterra al darse cuenta, pero no puede. De pronto siente que la manada se estremece, se mueven nerviosos alrededor suyo. A cierta distancia están las llamas, se presiente el calor que avanza abriéndose paso a través de una lluvia débil. “Todas esas llamas y todos estos lobos” piensa. Piensa, pero no dice nada.

La manada asustada se repliega sobre sí misma, se mueven agitados rozándose las patas, gruñen y se chocan tirándose tarascones. El lobo más grande se echa despacio en el suelo. Olfatea el aire. Parece un gato enorme acurrucado al calor de un fogón.

- Hace falta tan poco para que uno sea feliz -dice-. Sentarse cómodamente en el cálido vagón de un tren, beber té a la luz de una lámpara y conversar sobre algo bueno con los otros viajeros, interlocutores casuales. Y después irse para siempre, del todo. Para que no siga tus pasos una procesión de años y actos absurdos.
- Me estoy muriendo de frío, ¿podrías empezar a arrancarme los pedazos?
- Siempre lo supiste. Basta con que traiciones una vez, o le mientas una vez a lo que creíste y amaste para que ya no puedas liberarte de esa cadena de traiciones y mentiras.



- ¡Basta! Tengo frío. Además, los lobos no toman té.
- Y los humanos no aúllan -dice el lobo. Y se ríe. Se ríe muy fuerte. Se mata de risa. Los demás lobos también se ríen; se ven miles de dientes blancos.

Entonces el personaje siente un impulso. ¡Ahora es el momento! Va a provocarlos, va a hacerlos enfurecer y va ofrecer su cuerpo a la primera mordida que lancen. Va a dejar que le claven los colmillos hasta dar vuelta toda su piel. “Es hora de aferrarme al calor de sus pelajes y olvidarme del frío y de este cansancio de muerte”, piensa. Y lo hace. Se lanza a la manada que lo recibe a dentelladas, abraza con fuerza a los lobos mientras lo destrozan. Y así, empapado en el calor de su propia sangre, escucha cada vez más cerca el pitido del último tren. El tren que se lleva la casa y cada una de las hojas de la enredadera. Que va arrancando las vías a su paso y se lleva el metal retorcido; y se lleva el paisaje oscuro, las llamas, la manada ensangrentada, la lluvia, las luciérnagas, los refusilos, los colmillos, el vapor caliente... Y se lleva todo lo que contiene la noche, menos la noche, que permanece inmóvil, sin aire, sin voz, sin memoria.

Entonces el personaje despierta y cuando abre los ojos no puede ver. La oscuridad es tan densa que no alcanza a distinguir nada. Desesperado estira los brazos intentando reconocer algo familiar, algo que le indique en dónde está: una lámpara, un libro, algo. Pero no hay nada. “No voy a morirme” - balbucea sin saber lo que está diciendo-. “No quiero morirme, no voy a morirme. Perdón, perdón, perdón. No quiero morirme”.

Tantea alrededor pero solo hay arena. Escucha lejos el sonido del mar y en la oscuridad reconoce la playa. Se toca el rostro, dice su

nombre seis, doce, cincuenta veces. Se abraza y de a poco se va calmando. Respira. Recuerda.

Y en medio de esta calma, sin saber cómo ni cuándo, comienza a aullar.

Fin